

Mientras que, por otro lado, "Locos de desatar" es un trabajo que no oculta su condición cinematográfica, que abunda más rigurosamente en cada uno de los "casos" elegidos y que lleva sus planteamientos a más altos e interesantes niveles. Dirigida colectivamente por Marco Bellocchio, Silvano Agosti, Sandro Petraglia y Stefano Rulli, la película se concreta en una situación exacta: la de los manicomios de la provincia de Parma y la realidad de su interioridad antes y después de la revolución llevada a cabo por la Administración de la provincia, en la persona del asesor Mario Tommasini, alrededor de 1966. Antes, los locos, almacenados violentamente en manicomios de régimen inhumano y repugnante, sufrían la brutalidad y el desprecio de un régimen penitenciario que se limitaba exclusivamente a separarlos del resto de la sociedad, sin esperanza alguna de "recuperación". Tras Tommasini, esos enfermos han ido saliendo de los centros manicomiales, insertándose en la vida colectiva normal, superando sus propias dificultades en el entorno de un trabajo compartido con otros miembros del proletariado, quienes, en definitiva, según dice Mario Tommasini en la película, deben entender que ese problema de la marginación social es el mismo que ellos sufren y que la "locura" no es más que una forma de defensa o de protesta ante las injusticias generales cometidas contra su clase. Hay en este sentido fascinantes documentos en la película: el mongólico y los dos jóvenes salidos del manicomio, que trabajan normalmente en una fábrica, entendidos y queridos por sus compañeros. Como son igualmente fascinantes los documentos rodados por Bellocchio en torno a Paolo, Angelo y Marco, tres adolescentes de distintos medios y condiciones, que se han reincorporado a la vida civil, uno aún con cierta violencia —Paolo—, que narra con una espléndida espontaneidad las anécdotas de su proceso, otro con una paulatina clarificación de su problema social y familiar, el tercero con un intenso compromiso político. Los tres "casos" son contemplados por la cámara provocándoles una situación distinta a la suya cotidiana, y entendidos en su medio ambiente con el añadido de entrevistas (espléndidas) a los padres, compañeros y vecinos, que comparten con ellos tertulias sobre el tema o cuentan

simplemente su propia vida. A estos tres personajes hay que añadir una amplia lista de otros varios que, en menor tiempo, cuentan igualmente la situación de los manicomios donde vivieron, los problemas que encuentran en su readaptación, las miserias de otros muchos casos que conocieron y que no tuvieron ya, como ellos mismos, la oportunidad de una redención.

"Locos de desatar", que se subtítulo "O todos o ninguno", adaptando como lema propio los versos de Bertolt Brecht: "O todos o ninguno./O todo o nada./Nadie puede salvarse por sí solo./O los fusiles o las cadenas./O todos o ninguno./O todo o nada", es un documental que supera su propia condición para convertirse en una espléndida narración dramática, donde cada personaje, cada declaración, cada elemento, va conformando dialécticamente la película, para descubrir en profundidad los cómo y porqués de una represión establecida con rigor, la complicidad de la Iglesia, el conformismo de una colectividad que ignora realmente su realidad. Un complejo de relaciones que no afectan ya sólo al mundo de esos marginados, sino a cualquier espectador. Una espléndida película que, sin "Asylum" —entre otras cosas porque dura dos horas y media—, formaría un programa cinematográfico único, y yo diría que imprescindible. ■ DIEGO GALAN.

"El retorno de Africa"

Tras "Carlos, muerto o vivo" y "La Salamandra", Alain Tan-

ner, suizo de cuarenta años, realizó una nueva película, "El retorno de Africa" (1973), extraña y ridículamente detenida por la censura española hasta hoy. Película anterior a la siguiente que conocemos de él, "Jonás, que tendrá veinticinco años en el año 2000" y que supone en cierto modo como un prólogo a dicha película, al tiempo que es como una perfección de las anteriores. De hecho, las preocupaciones políticas de Tanner son en el conjunto de estas obras de una total coherencia, por no hablar igualmente de su fascinación por las fábulas, por los personajes anónimos, por los cotidianos insatisfechos de la burguesa, pacífica y neutral vida suiza.

François y Vincent son, como el Carlos anterior, como la salamandra inquieta, personajes que viven ambigua e inconscientemente una insatisfacción no asumida en sus términos exactos. El desarrollo de sus actitudes les llevará, de una u otra forma, a plantearse su vida de una manera más lógica, más consecuente, más adulta. Quizá sea en "El retorno de Africa" donde esos valores sean aún más claros, donde la parábola adquiera un lenguaje didáctico que no puede confundir al espectador: François y Vincent, que no saben qué hacer en su país, que no entienden de qué manera pueden reaccionar ante lo que les rodea, deciden, utópica e ingenuamente, trasladarse a Africa, a Argelia más concretamente, donde podrán colaborar, según ellos, a la implantación del socialismo. Mientras tanto, a su alrededor, se desarrollan diversas injusticias, se concretan elementos suficientes de lucha política, que ellos, exiliados interiores, no son capaces de ver con claridad.

El juego dramático de Tanner



"El retorno de Africa" (1973), de Alain Tanner.

es fascinante. François y Vincent, una vez organizado su viaje, una vez despedidos de sus compañeros, no pueden realizar ese viaje: y permanecerán encerrados en su apartamento, ocultos a los ojos de los demás, antes de explicar las razones de su imposibilidad. Ese exilio les permitirá reflexionar sobre lo absurdo de su situación, les permitirá llegar a ver cómo cualquier tipo de compromiso político debe empezar por el propio entorno, por ellos mismos, por la propia pareja que protagonizan. Y el hijo detenido y no querido tendrá ahora una posibilidad de nacer, ese hijo que, como Jonás, podrá ser una esperanza de solución para años futuros, "a condición de que no se le trate de educar con las represiones y ese concepto de exilio interior tan claro en nuestra generación".

Como el exiliado español que vuelve a su país, ellos "regresarán de Africa", con un sentido distinto de sus planteamientos políticos, más desengañados, menos ilusionados, pero más coherentes y fuertes.

Al igual que en las restantes películas de Alain Tanner, en "El retorno de Africa", el humor y una cierta espontaneidad en la puesta en escena convierten la película en un espléndido espectáculo, donde la autobiografía (al menos, la reflexión sobre sí mismo) adquiere términos diáfanos y muy lejanos a los de cualquier película de tesis. La aparentemente improvisada creación de la película, que surge tras una reflexión rigurosa de sus planteamientos, junto al atractivo de una anécdota insólita y divertida, hacen aún hoy —varios años después de su realización— un film que nos invita a todos a reflexionar sobre nosotros mismos, sobre ese entorno que los protagonistas se niegan a querer ver con claridad o con un mínimo sentido del compromiso. ■ D. G.

"El mirlo macho"

Traducción literal del título italiano, "El mirlo macho" (1971) fue celebrada con entusiasmo en Francia a raíz de su estreno en 1973, compensando así la frialdad crítica obtenida en Italia en su día. Los críticos italianos, quizá saturados de comedias irónicas y críticas, no vieron en este trabajo de Pasquale Festa Campanile la mordacidad, incluso la amargura contenidas en la película. Proyectada hoy en España en un